

## **¡Nunca más!**

### **1.**

–No hay escapatoria –dijo Laura, a punto de llorar.

–Al contrario, puedes marcharte de esta isla cuando quieras –la contradijo Ray.

El mar fluía incesante a pocos metros de donde estaban. Y ahora que empezaba la primavera, al bosque de álamos llegaban los pájaros a centenares.

–Todo lo de ahí fuera me da tanto miedo –repuso ella mirando en dirección de la ventana, sintiéndose tan distinta de lo que había sido hasta hacía poco.

–¡No digas esas cosas! –Ray le pidió.

### **2.**

Ray y yo llevamos mucho tiempo juntos, siempre en este lugar tan remoto de todo lo conocido. Y cuando trato de decirle que en la casa suceden cosas inexplicables, él no hace más que negarlo.

–Los ruidos, las voces, las llamadas telefónicas a deshora...

–Te lo imaginas todo, sólo eso.

Ray se echa a reír, pero su risa es triste y me da tanta pena. Si aprendió a reírse fue conmigo, estoy segura de que apenas se había reído hasta que yo hice acto de presencia. En su vida de antes tenía una expresión de constante desconsuelo, he visto fotos tuyas que me lo confirman. Y por eso siempre le digo que yo soy la que le ha enseñado a reírse.

–Ves, yo también puedo enseñarte cosas –le digo al oído para que no lo oiga nadie.

### 3.

La casa se levanta sobre un promontorio en la punta meridional de la isla. En esta región, el mar está siempre encrespado y en tierra no hay verdor, hasta en verano todo es mate e indistinguible. Y a pesar de todo, el lugar se llena de aves en primavera y en verano, la razón primera de que Laura un día se decidiera a venir hasta acá.

–Venir a vivir a este lugar fue apostar ciegamente –me dijo una vez.

Estoy de acuerdo con ella, y yo también vine un día a la isla porque estaban necesitados de alguien como yo. Nunca lo he cuestionado, y es ya demasiado tarde para dar marcha atrás.

–Tú sólo existes para cuidarnos a los demás –suele decirme Laura.

–Hago lo puedo –suelo responder.

Laura se imagina que los peligros son muchos más de los que hay, y se cree que yo no entiendo lo que está pasando y que se me escapa lo más importante.

–No crees en nada a pesar de las pruebas.

–¿Qué pruebas?

–Están sucediendo cosas inexplicables en cada momento, en cada rincón de esta casa. ¿Es que nadie ve la sangre? Nadie parece percatarse, nadie me hace caso, nadie me escucha...

Me hacen temblar sus quejas constants, su constante mención de que hay sangre en todas partes.

–Si tanto te molesta todo, puedes regresar –respondo–. Ya te advertí de los riesgos de venir a una isla remota. Pero acuérdate de que volver puede ser aún más peligroso.

–¿Para quién?

–Para ti, claro, y... –digo, sin querer decirlo– y también para mí.

Siempre la misma conversación, ella se quejaba y yo le ofrecía la opción lógica. Los intercambios cesaban hasta la próxima vez, donde se repetían casi al pie de la letra, con iguales observaciones, preguntas y respuestas. Era el camino de la curación, yo estaba convencido, pero todo aquello me dejaba exhausto. Peor aún, tratar de razonar con ella echaba por tierra algunos de mis más firmes argumentos, hartos comprobados.

–Todo es previsible, todo inútil, todo inconsecuente –me habría gustado contradecirle a Laura en muchas ocasiones, pero me callaba.

#### 4.

No puedo evitarlo. Tengo la impresión de que en cualquier momento se producirá el cambio. Un cambio que me llevará a sentirme aún más abatida. Ray lo llama sensibilidad, pero es porque no quiere usar palabras que tal vez puedan herirme.

–Tu sensibilidad te hace ver que hay sangre en cada rincón de esta casa –me dice a menudo.

Pero yo entiendo más que él sobre este tema. Sé bien que voy a ser cada vez más *sensible*, como dice él. Hasta un grado que me permitirá captarlo todo como nadie es capaz de captar, de ver la sangre más intensamente aún. Y sin embargo, esa intensidad traerá también un castigo. La luz será estridente, el frío insportable, los sonidos inauditos. Los cientos de aves llegaran a miles y miles, el oleaje se convertirá en un maremoto. Y a mí... a mí la piel se me cuarteará y no podré tolerar ni el sol ni el aire.

Me veré incapaz de salir de la casa, ni siquiera de mi dormitorio. Hasta dejaré de hablar y de escuchar. No, no podré hacer más que estar sentada mirando por la ventana. Hasta dejaré de pintar.

–¡Renunciaré a ser pintora!”

Ray sonrío, y lo hace con tanta tristeza. Soy una causa perdida, me doy cuenta de ello, pero no sé hacer las cosas de otra manera. Entretanto la sangre sigue goteando lentamente por las paredes.

## 5.

–¡Se te da tan bien la tragedia, Laura! No haces más que hablar y hablar de esa manera tan fatalista que tanto te gusta.

–¡Pero el cambio va a producirse ya mismo y además...!

La interrumpo bruscamente.

–¡Si aún no ha sucedido, Laura!

Me mira como si no me conociera.

–A lo mejor sabes algo que yo no sé aún, y ya has visto indicios del cambio, y el cambio ya ha empezado. ¡Está ahí, ahí mismo! ¡Y esto es el principio del final...!

## 6.

Ray no hace más que recetarme de todo. Un día las pastillas son de color rosa, y otro día son amarillas. Un día un jarabe, y otro unos polvos.

–Desde que te conocí has estado recetándome decenas de cosas.

Lo dice sin levantar los ojos.

–Laura, tienes que seguir con la medicación.

–Pero el cambio es inminente...

–¡La medicación!

–¡No volveré a dibujar! –le digo para amenazarle.

En cierto modo, he dejado de dibujar. Ya no salgo de la casa, y mis observaciones del entorno son únicamente a través de la ventana. Observo los pájaros y los árboles, no me hace falta más. Esa visión del bosque de tallos blanquecinos como fantasmas que la ventana enmarca me resulta más sugestivo que experimentar las cosas de primera mano.

–Lo prefiero todo ahora, ¿sabes?

–La medicación es lo que te hace decir eso –me dice Ray, dándome varias grageas de colores apagados.

Sé bien que lo que hago sobre el papel carece de dinámica, hasta el juego de colores de las grageas es más interesante que cualquiera de mis composiciones. Lo mío carece de entusiasmo, son meros trazos con un lapiz, como si estuviera dibujando cosas que no son de este mundo. Nadie reconocería los pájaros que ahora pinto, y menos aún los árboles. Todos sangrientos, mortecinos. No por nada fluye tanta sangre por la casa.

–Poco sano –dice Ray para describir mi arte, no por nada es médico.

Y luego sonrío tristemente para indicar que se arrepiente y que no debería haberme dicho nada.

7.

No hay ruidos, no hay voces, no hay ninguna de las cosas que menciona Laura. Todo está tranquilo, o debería estarlo, pues no hay razón para que nada se degrade tanto como ella mantiene. Y sin embargo volver a verla al cabo de varias semanas se me hace un infierno, por más que estuviera deseando regresar a su lado. La conversación

constante sobre el cambio inminente me enoja como nada. Pero sé que todo esto no puedo decírselo a Laura.

–¿Cómo te sientes?

Laura no me responde. Estamos sentados junto a la mesa de mi despacho, ella a un lado y yo a otro. Yo estoy rellenando formularios, preparando recetas para mis pacientes, estudiando un par de casos difíciles, incurables. Y entretanto Laura está tratando de dibujar una estatuilla de una tórtola doblada sobre sí como por timidez, posada en una rama en flor. Es la primera vez que no hace un apunte del natural.

–¿Qué te parece?

–En esta isla no hay tórtolas ni palomas –contesto para no responder a su pregunta.

–¡Dime lo que te parece mi dibujo, dímelo!

–No... no parece una tórtola de verdad –le digo, pero es demasiado tarde para tragarme de vuelta las palabras, y entonces sonrío a mi manera.

Laura deja el lapiz sobre la mesa, con las dos manos levanta la estatuilla – Sevres, de mi madre, de gran valor real y sentimental– y de pronto la arroja contra la pared.

–¡Si fuera un pájaro de verdad habría echado a volar! –grita, y sale a toda prisa de mi despacho.

Recojo los trozos de la estatua y no digo nada. He perdido la ira que tanto me caracterizaba antes, y no sé cómo recuperarla para momentos como éste en que sería estrictamente necesaria. Me ha desgastado ver tantos padecimientos y tratar de alentar a tantos enfermos durante años.

–El cambio... –digo, sin darme cuenta de que lo he dicho hasta pasados unos segundos, y me pregunto si no será que yo también me estoy obsesionando con el tema.

Lo que Laura necesita es un cambio en la medicación, eso es. Algo más fuerte y más decisivo, digo para mí. Y al mismo tiempo trato de comprobar si la estatuilla tiene arreglo, aquí el ala, aquí el pico amarillo, aquí un fragmento de la rama en flor, aquí la base. De pronto una arista afilada de porcelana me atraviesa la mano, y sale un chorro de sangre.

–Es la única sangre de verdad que ha fluido en este lugar.... –digo para mí.

El invierno es ahora intenso. El frío contribuye al silencio, como si las cosas estuvieran a la expectativa de mejores temperaturas. Todo acallado salvo el eco de los sollozos de Laura que atraviesa los pasillos y llega hasta donde estoy.

## 8.

Laura estaba pálida y desmejorada, se había negado en rotundo a tomar pastillas desde hacía semanas.

–Voy... voy a estar fuera durante varios días.

–¿Por qué?

–Necesitan alguien en tierra, un caso grave, y no hay nadie más que pueda ir.

Ray se puso de pie y recogió sus papeles. Se encaminó hasta el recibidor, donde le esperaba su maleta. Laura habría querido besarle pero se contuvo.

–Es como si no viviéramos juntos –dijo.

–Sí, así es exactamente –respondió Ray.

## 9.

Hacía tanto frío aquella noche que encendieron la chimenea con leña, recetas antiguas, periódicos, el diario de Laura.

–¿Estás segura?

–¡Sí! No contiene más que hojas en blanco, como... como mi vida.

A él le habría gustado decir que no le iba el melodrama, pero optó por callarse, como hacía en los últimos tiempos. Su carácter, el verdadero, ya no se manifestaba en ningún momento, tal vez ni siquiera existía. Anteponía el cuidado de los demás a todo, y hasta sus propios deseos habían dejado de importarle desde hacía mucho tiempo.

–¿Cuántas vidas has salvado esta vez?

Las llamas de la chimenea en seguida crecieron, encrespándose como gasas al viento.

–Veinte seguramente.

–¡El hombre que salva vidas!

## **10.**

Yo no conocía la vena sarcástica en Laura. Se le había desarrollado sin que me hubiera dado cuenta, al mismo tiempo que la mía había desaparecido sin más. Tal vez las nuevas grageas eran las responsables. Ella había vuelto a tomarlas, un día sí y uno no. Se desaconsejaba obligarla, al menos en esta fase de la enfermedad.

–Sí, nunca se sabe cuándo pueden necesitarme. Tengo que estar listo para salvar al que le toca el turno.

Me eché a reír, pero estaba aún más triste que antes. Laura se aclaró la garganta antes de hablar. El fuego ardía con furia en la chimenea. En pocos segundos, todo el papel se convirtió en ceniza, y la leña se volvió sonrosada.

–¡Hasta las llamas están hechas de sangre! –me dice.

## **11.**

Se declaró una tormenta esa noche.



–¿Tratarás de salvarme cuando se produzca el cambio? –le pregunté sin esperarme una respuesta.

Los rayos caían sobre el mar iluminándolo, y casi de inmediato sonó la tronada. La tormenta estaba encima de la casa, y atacaba con fuerza. Recuerdo que Ray temblaba tanto como yo.

## 12.

Si vine a la isla fue para dibujar gaviotas, golondrinas, petreles y pinzones, eso es lo que dije a todo el mundo cuando me marché de casa. Era un viaje desaconsejado porque hasta aquí no venía nadie, y las naves que hacían la travesía no eran más que barquitos de juguete en estos mares encrespados. Recuerdo que todos me miraban con compasión, tal vez sospechaban la razón verdadera del viaje.

–Los hechos en sí no son nada, y lo único que cuenta es el valor que les damos – yo repetía.

Sí, esta isla fue mi salvación. Pero la respuesta que un día me dio Ray, después de conocernos fue muy distinta.

–A esta isla no se viene a huir de nada, sino a encontrarlo todo.

Aunque tal vez no me dijo exactamente eso. Ray no sabe que ya no distingo si algo sucede de verdad o si lo he soñado. Si donde vivo es un hospital o una casa.

## 13.

–¿Para qué son estas pastillas?

–Para curar cualquier dolencia que puedas tener.

–¿Me curas la mente o el cuerpo?

–Las dos cosas.

–Más la mente, quieres decir.

–No necesariamente.

–¿Y el cuerpo?

–¿El cuerpo? El cuerpo sin la mente no es nada.

Laura sonríe.

–¿Tú no sabes, verdad, que también me sangra la mente?

#### **14.**

–Todo es simbólico –me dijo.

–¿Entonces cómo puedo distinguir entre lo real y lo soñado?

Ray se quedó callado, y yo seguía dibujando los objetos que aún recordaba, una flor, una tetera, un jaula, una perdiz.

–¿No irás a decirme que me pellizque la mano para saber si sueño o no?

Ray sonrió tan tristemente como de costumbre.

–No estás tan mal como te crees.

–¿Quiénes dicen eso?

Siguió sonriendo, pero por primera vez, se le iluminaron los ojos.

–Los demás médicos... así que yo tenía razón. ¡Hay curación en tu caso!

#### **15.**

He pedido el traslado pese a que no puedo estar lejos de ella. Me voy unos días, pero regreso. Laura será siempre mi paciente, yo seré su médico, más no puede haber entre nosotros. El cambio que ella anunciaba ya se produjo. Pero no en ella sino en mí.

En mí hacia ella. Lo que yo siento hacia ella, yo no lo llamaría cambio, pero es un nombre tan válido como otro cualquiera. Pero llamarlo *cambio*, le ayuda tanto a Laura. Sé que no hay vuelta atrás, la curación es ya imposible. Tanto para ella como para mí. Y pese a todo, Laura es la que me ha enseñado a sonreír.

—Hola, Laura. ¿Cómo te sientes hoy? ¿Qué tal van las pastillas? ¿Qué quieres dibujar? Sí, lo primero que te venga a la cabeza. No, no importa que ya no puedas dibujar objetos, haz cualquier cosa. Un punto, dos puntos, tres puntos... una línea, dos líneas, tres líneas... Mira el mar por la ventana, eso sí que te puede inspirar. ¿Qué te parece? Está bravo el oleaje hoy, ¿verdad? Más bravo no podía estar el oleaje en esta isla, ¿verdad que no? ¿Verdad que no? ¿Verdad que no? ¿Verdad que no?

Ahora sé que jamás podré dejarla.

—¡Laura, Laura, Laura! —grito, pero es inútil porque ella ya no me oye más.

El mar resuena a los lejos como no lo ha hecho nunca. Sí, a esta isla se viene para encontrarlo todo.

---